



# MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica los dos sábados siguientes al que aparece la Revista ★ Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. ★ Sección de Información Científica y Propaganda ★ Redacción y Administración: Ríos Rosas, 37. Apartado 160. Central tel. 33 47 00 Madrid.

AÑO XVI-N.º 319

MADRID, 8 DE MARZO DE 1958

2.º SUPLEMENTO

DEPÓSITO LEGAL M. 1.052.—1958.

TRIBUNA LITERARIA

## LOS PUÑOS DE LA CAMISA

ANTONIO DIAZ CAÑABATE

Es de suponer que a todo el mundo le ocurra lo mismo; le ocurra que pequeños problemas preocupen su ánimo casi con la intensidad y desasosiego que trascendentales cuestiones. Por lo menos a mí me sucede. Hace años—y no exagero—ando alterado por un minúsculo detalle: por el de que los puños de la camisa sobresalgan de las mangas de la chaqueta. No lo he conseguido jamás. He de hacer una aclaración. No uso camisas hechas a la medida. No lo puedo remediar; me molestan las cosas hechas a la medida precisamente por esto, porque hay que tomar medidas, porque hay que esperar que se hagan. Nada como llegar a un comercio, elegir la prenda que se desea y salir andando con ella sin más requisitos. A esto parece ser que se tiende ya en todo el mundo. Me congratulo de ello, porque uno, modestamente, lo venía practicando hace mucho tiempo. Y no he tenido motivos de queja más que con las camisas.

Sabido es que las prendas hechas responden a unas tallas clasificadas por números convencionales. El número de la camisa que me corresponde es el 40. Pero yo me las compro del 41, porque soy un pillín, porque conozco que las camisas encogen al lavarlas por primera vez. Manías de las camisas falaces que es preciso respetar. Recomiendo que no se fie nadie de esas camisas falaces que se anuncian con el horrible vocablo de *inencogibles*. Mentira y gorda. Se encogen como cualquiera otra. Un número mayor y se fastidia la camisa.

Y ahora entra el misterio que me conturba de antiguo. Si me compro una de un número mayor

que el mío sería lo natural, lo lógico, que las mangas me llegaran más allá de las muñecas. Pues no, señor, se quedan escondidas un poquitín antes del filo de las mangas, lo suficiente para que no se vean. Es inútil que los estire. Permanecen un rato en la posición exigida y en seguida, como conejos que oyen ruido sospechoso, se meten en la madriguera y allí se están quietecitos, medrosos. Claro que este pudoroso inhibicionismo encierra sus ventajas. Cuando los puños se rozan y les nacen esos flecos que hace tan feo, no hay manera de verlos, y la camisa nos puede durar más tiempo. Pero esta ventaja, que no es floja, se invalida por la falta de elegancia que representa la tristeza de una chaqueta carente de un puño de camisa que la remate con una nota alegre y distinguida. Y además no podemos lucir los gemelos. No olvido que los gemelos se hallan en decadencia, que han sido sustituidos por vulgares botones. No comprendo esta moda iniciada justamente por las personas pudientes, por aquellos que pueden permitirse el lujo de ostentar magníficos gemelos, que antaño constituían verdaderas alhajas, algunos de platino y brillantes. Bien está que usen los vulgares botones quienes se veían precisados a utilizar gemelos de tres al cuarto, pero en un potentado ello es inexplicable. Verdad es que toda moda es casi siempre inexplicable.

Uno, ¡oh desgraciado!, no se ha parecido al gran poeta Antonio Machado más que en eso de su "torpe aliño indumentario", y, por lo tanto, el que los puños de la camisa fueran o no tan exhibicionistas como una estrella de cine me debía traer sin cuidado. Fue una mujer la que engendró mi preocupación. Una mujer que me advirtió cierto día ya lejano: "Eres muy simpático. No estás mal de físico, pero tienes un defecto que ninguna mujer sensible podrá pasar por alto: no se ven los puños de la camisa." Me quedé de una pieza. Y ante mi visible asombro, la mujer continuó: "No te ofenderás si te digo que no eres lo que se llama un "dandy", ni falta que te hace. Es un error creer que a las mujeres nos gustan los "dandys". No nos gustan los hombres sucios, abandonados; pero tampoco los remilgados, los coquetos—y un "dandy", en definitiva, no es más que un coqueto—, que no se descomponen nunca, pendiente siempre de los detalles de su vestimenta. No. Un hombre debe ir limpio, pero ajeno a su traje, que no importa que no sea impecable con la condición de no incurrir en la cursilería. Sencillez, esto es lo que conviene al hombre. Pero hay determinados detalles, ese de los puños de la camisa es uno de ellos, que son absolutamente indispensables. A un hombre a quien le faltan los puños de la camisa parece que le falta hombría." Mi asombro aumentó grandemente. ¿Será posible? ¿Qué extrañas, qué enigmáticas son las mujeres! ¿Será posible? ¿Cuando ésta lo dice sus razones tendrá! E inquirí:

(Pasa a la pág. siguiente.)

### PECILENE-G

Penicilina G sódica cristalizada.



—¿Me quieres explicar las razones en que fundas tu tajante y desconcertante afirmación?

—Hay cosas que no se pueden explicar. La electricidad, por ejemplo. Nadie sabe lo que es la electricidad. Y, sin embargo, existe. Lo que me acabas de escuchar es fruto de observaciones que he podido comprobar en la mayoría de los casos. Entiéndeme. Al decir falta de hombría me refiero a falta de ánimo, a debilidad de carácter, a carencia de audacia, y ya sabes que esta clase de hombres a las mujeres no nos gustan.

—Eso significa que yo...—exclamé todo compungido. Y ella me interrumpió.

—¡Ay, qué gracia, te ha faltado poco para echarte a llorar! Lo cual confirma mi teoría. Porque tienes escondidos los puños de la camisa no has reaccionado como debieras, o lanzando una carcajada o apabullándome con tus sarcasmos.

Y yo entonces, ¡estúpido de mí!, me estiré los puños de la camisa, aduciendo:

—¡Pues ahora vas a ver quién soy yo!

—¡No! ¡No! ¡Eso no vale! ¡Así cualquiera!

Y sin hacerle caso empecé a manotear, mientras decía:

—Te has equivocado. Soy un hombre de carácter más firme, más audaz que Don Juan Tenorio y Don Luis Mejías juntos...

—¡Bravo! ¡Bravo!... ¡Ay, qué lástima! Mira, ya se han esfumado otra vez los puños, ya no se te ven.

Les pegué un estirón que llegó hasta los dedos, ¡Como si no! Al minuto los puños a su escondrijo. Quedé en ridículo. Y desde entonces data mi preocupación, que no me ha abandonado hasta el día. Lo ensayé todo. Acepté el sacrificio de encargarme camisas a la medida, exigiendo al camisero unas mangas kilométricas. La mano casi se ocultaba en ellas. Fui feliz unos días. Hasta que otra mujer—¡oh mujeres, malditas y adorables mujeres, siempre interpuestas en nuestro camino, qué razón tenía lord Byron, que os conocía bien: no se puede vivir sin vosotras y no se puede vivir con vosotras!—, otra mujer me mo-tejó:

Pero ¿quién te ha hecho esa camisa, que parece un camión?

Y volví a los puños normales. Y volvieron los puños a desaparecer. Y así vivo, con esta pequeña tragedia a cuestas, conllevándola como puedo.